

por el inigualable marco de la representación, realizaron una labor impecable. Rosa Alvarez compuso una Ifigenia de cálidos acentos. Lola Alba dió al papel de Clitemnestra un empaque digno. Valeriano Andrés ofreció una lección interpretativa, dando majestuosa arrogancia al rey Agamenón. Félix Navarro incorporó el papel de Ajax con empaque de buen comediante, y Fernando Delgado hizo un Aquiles impecable.

Completaron el conjunto Pilar Pastor, Rosa Alfonso, Carmen Martínez, Alfonso Gallardo, Ignacio Nieto, Joaquín Pamplona y Justo Sanz.

Gustavo Pérez Puig logró una representación ágil, llena de gradaciones inteligentes.

Inició el acto el Vicepresidente de la Diputación, don Manuel Pombo Angulo. Con su habitual oratoria, limpia de barroquismos, precisa de contenido y, en el fondo, desbordante de simpatía hacia el acto teatral que con otras autoridades presidía, explicó el contenido del mismo, destacando la importancia de la tarea divulgadora y cultural que, incansablemente, realiza la Diputación Provincial de Madrid.

En resumen, una grata fiesta literaria, que contribuyó a realzar la conmemoración del «Día de la Provincia».

SALVADOR FERRER MAURA

(Fotos: Leal.)



Sacerdote.—«Guerreros Dánaos, cuidad de los engaños del átrida. Y tú, hija de la diosa Nereida, no escuches la voz de las mujeres, que debilitan tu fuerza, y síguenos.»

EL ESCORIAL, CAPITAL DE LAS ESPAÑAS



El Escorial. 32/50

Miguel Sant



UNA vez al año, por designio de la Diputación, Madrid ensancha sus límites más allá del término municipal. Durante unos días la capital del reino se desplaza hasta los límites comarcales, y aun en la villa más apartada del Manzanares, cuanto hay en Madrid de tradicional, de racial y de legendario. Temporalmente, según costumbre implantada por el Marqués de la Valdavia, Madrid está en el valle de Navacarnero o en El Escorial, donde este año vamos a festejar el Día de la Provincia. Mas no fuera preciso acontecimiento alguno para sentir cómo allí, en esas estribaciones de la Sierra guadarrameña, late con fuerza el pulso de Madrid y cómo de allí nos vino el impulso que hizo de la nuestra la primera de las ciudades del mundo, mucho antes de que el tercero de los Felipes trajese a ella su Corte. No obstante la distancia, enorme hace cuatro siglos para las dificultades de la circulación, San Lorenzo del Escorial, estaba entonces tan en el centro de gravedad de las Españas como estaría más tarde el palacio que hizo edificar el primero de los reyes. Y qué importaría una dimensión de diez o doce leguas en aquella vastedad de las tierras y los mares de un imperio en que jamás se ponía el sol?

Han sido necesarios muchos años de laboriosa investigación para dar sus perfiles auténticos a la figura de Felipe II. Tantas y tan negras sombras

habíanse acumulado sobre el sucesor de Carlos V, que todavía hoy la gente poco letrada sólo ve en él al hombre enlutado que apoya la diestra en un bastón y pasa las cuentas de un rosario con la otra mano. Y bien pudiera ser así, tal como lo conociera Pantoja, en algún momento del final de su vida. Pero antes que Pantoja está Tiziano. En la mocedad, Felipe de Austria es un príncipe de cuento de radas, rubio, gentil, de gustos delicados, que se siente deslumbrado, aunque no encogido, ante la obra de su progenitor. Nada mojigato y sabedor de cuanto exige la majestad del porte, está tan lejos de la galantería de Francisco I como de las zafedades de Enrique VIII. Y es, sobre todo, un cristiano fervientísimo, entrañablemente devoto a la memoria del emperador y amantísimo de los suyos. Sus cartas a su hija Isabel Clara Eugenia son de una ternura conmovedora. Incapaz del desahogo de su suegro Enrique de Valois, no daría el espectáculo de exhibirse con una Diana de Poitiers; pero leal a la sangre de Habsburgo, aprovecha una fiesta de toros en Valladolid para presentar y honrar públicamente a su hermano bastardo, el príncipe don Juan de Austria. Y aún va más allá en su blandura de corazón: muerto Velasquillo, el lugareño ingenioso y de buen humor que con el rey hacía oficios de bufón, dióle enterramiento honorable en la iglesia de San Bernabé, parroquia de El Escorial.

LA OBRA DE UN GRAN MONARCA

Nadie medianamente enterado ignora cómo en reparación del cenobio monjil que sus tropas se vieron obligadas a destruir en el asalto que les dió la victoria de San Quintín, hizo Felipe II la promesa de erigir otro monasterio, puesto, lo mismo que aquél, bajo la advocación del mártir español San Lorenzo. Había de cumplir, además, el encargo que le hiciera su padre de «señalarle un sitio en que descansaran sus huesos y los de sus descendientes, honrosa y dignamente», y ambos propósitos cuajaron en un solo proyecto. Una comisión de filósofos y arquitectos estudió la cuestión durante dos años, y elegido un lugar inmediato a la villa de El Escorial, el año 1563 fué puesta la primera piedra del monasterio sobre el granito de una de las vértebras geológicas de España. Planeadas las obras por Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera y dirigidas por el lego corista fray Antonio de Villacastín, nueve años más tarde ya pudieron los jerónimos trasladarse del monasterio de Prestado, en la villa del Escorial, al de San Lorenzo, donde en 1573 recibían sepultura los restos mortales de doña Isabel de Valois y del príncipe don Carlos. Tan rápida fué la ejecución del proyecto, pese a su magnitud, que apenas cuatro lustros después de comenzada había terminado.

Tanto como de los arquitectos y de los alarifes, el monasterio es obra de Felipe II. La parrilla invertida que figura la fábrica podría servir de pauta para un estilo de vida. Hay en esa estructura algo de artesano que en nada mengua su belleza monumental, a la par que un símbolo del color que da la santidad. Preponderancia de la horizontal, que es lo clásico, y mesurado sobre la vertical, que es lo romántico y lo inestable. Líneas sobrias y ausencia de adorno; es decir, veneración a la esencia y no a la apariencia de las cosas. Lo macizo antes que lo vano, como

definición del dominio de la vida interior sobre los sentidos, ventanas abiertas a la solicitud de lo terrenal. Cuanto en el fundador del monasterio hay de austeridad y de renuncia de las pompas humanas tiene expresión plástica en su obra. No fué concebido el monasterio para palacio de un rey. Primero es el templo, y primero el panteón. Sólo la cuarta parte de la monumental edificación está destinada a residencia del monarca. Si éste tuvo allí fiestas de toros, espectáculos teatrales y divertimientos análogos, no hubo una Corte tal y como la han entendido los reyes de todos los tiempos.

A Felipe II, que no es rico, aunque sea el soberano más poderoso de su tiempo, le basta una celda casi pobre. Pavimento de ladrillo, friso de azulejos talaveranos a lo largo de las paredes, una mesa, un sillón no muy cómodo, una bnqueta para la pierna gotosa, un tintero, unos libros, una carpeta. Desde la cama, por el hueco de la puerta que comunica con el altar mayor, se ve el sagrario. En esa estancia conventual vive el monarca y en ella fina sus días entre los sufrimientos más espantosos. Toda su carne es podredumbre y hormigueo de gusanos durante cincuenta días de agonizar, sin alivio ni descanso, con el cuerpo hecho una llaga. Y ni una imprecación ni una queja. Siente su acabamiento cercano y llama junto a sí a su hijo para que vea cómo muere un rey cristiano, igual que cualquiera de sus vasallos, conocedor de que la tumba es la antesala de la eternidad. Y hasta el último momento, la preocupación del destino de sus súbditos. Como su bisabuela Isabel la Católica, reina y gobierna. No hubo un primer ministro, ni un valido, ni un privado. Antonio Pérez es sólo un servidor que le facilita el quehacer mientras tiene su confianza. El rey se entera de todo, lo ve todo, lo estudia todo. Dios le ha dado la administración de un reino y se aplica a la tarea tan enteramente que hace funciones hasta de juez municipal. Es el primer dependiente del Estado y para él no tiene límites la jornada de trabajo. Tal vez por eso, porque él se lo hacía todo, no quiso un cronista de cámara que dejase a la posteridad referencia concreta de su reinado. De ahí que se haya sabido de él tan torcidamente. Pero su vida entera, su sometimiento al servicio que Dios le había encomendado y su modo de entender el oficio de reinar se hizo piedra en el monasterio y da universalidad a la hora plena de la historia ibérica. Por Felipe II tiene el ascetismo castellano en El Escorial una réplica al renacimiento sensual, tan distante de la gentilidad florentina como de la frivolidad francesa.

EL PRIMER LUGAR ESTA VACIO

Por razón bien distinta que su bisnieto Luis XIV de Francia, hubiera podido decir Felipe II «el Estado soy yo». Mas tan limpio de soberbia andaba, que al disponer su enterramiento puso cuidado en darle un segundo lugar. Así, su estatua orante, con las de sus esposas doña Ana, doña Isabel y doña María de Portugal y la del príncipe don Carlos, en el intercolumnio del presbiterio, del lado de la Epístola, deja libre el hueco inmediato al altar con la sabida advertencia: «Este sitio se reserva para el más digno en virtud de los descendientes de quien voluntariamente se abstuvo de ocuparlo. Si así no fuese, permanezca vacío.» Su sentido de la justicia le veda ocupar el primer lu-



Portada del Monasterio de El Escorial.

gar en su propia obra y lo cede a aquel de sus sucesores que lo supere. Y por igual modo, del lado del Evangelio, centrado por el grupo escultórico del emperador, sus hermanas doña María y doña Leonor y su esposa doña Isabel, queda vacío el primer hueco y en él se avisa: «Si alguno de los sucesores de Carlos V superase con ventajas la gloria reconocida de sus hazañas, él solo ocupe este lugar. Los demás respétenlo reverentemente.» No piensa Felipe II que hombre alguno sea insuperable; ni siquiera aquel de quien había recibido el legado del más vasto imperio de su tiempo.

«SOSEGAOS»

Si cualquier turista de los que llegan a diario de los climas más apartados le preguntase a un cabrero de las breñas escurialenses por qué hizo Felipe II el monasterio, de seguro que el pastor contestaría:

—Lo hizo para que esté ahí.

Y acertaría de todo en todo. Está allí, más que como un palacio y un cenobio y un panteón, como la huella clara, profunda y perdurable de un gran rey. Todo el equilibrio, toda la serenidad y toda la ponderación que hacen de Felipe II el imperturbable por excelencia, tienen evidencia en las piedras del monasterio. Nada le alteró ja-

más el pulso ni nada le mudó el color del semblante. Ni la victoria de Lepanto, ni el desastre de la Invencible. En cambio, el que llega a él se siente empequeñecido y sobrecogido. Aun los embajadores más avezados al trato de los reyes, pierden en su presencia el dominio de sí mismos. Y el monarca, vestido de negro desde la muerte de su hijo don Carlos, tan accesible en un ambiente en que apenas hay algo del ceremonial palaciego, tiene para todos una palabra tranquilizadora, repetida con oportunidad afable:

—Sosegaos.

Traspuestas las puertas del patio de los Reyes, transido el ánimo por la emoción hierática de grandeza tan impresionante, espera uno oír la voz del que con tanto tacto sabía aconsejar la calma a quien se le acercaba acobardado. Y parece como si en las naves, en las bóvedas, en la galerías, entre los sarcófagos del panteón y entre los mirtos del jardín, susurrase el aire la palabra que en el rey era un saludo hospitalario para su turbado visitante.

—Sosegaos..., sosegaos.

M. BARBEITO HERRERA

(Artículo distinguido con el primer premio del Concurso periodístico del "Día de la Provincia", 1958, base 7.)

fe + raza = hispanidad



AN vinculado está el tema mariano y ecuménico. Descubrimiento de América, porque España entera arde en fervores teológicos, que hasta la nave abre las rutas marítimas ignoradas se llama «Santa María», y luego la toponimia colombina, sirviendo a la Historia y a la Geografía del caos nebroso de los mares legendarios, llenos de mitos espantables, llena de nombres los islarios, las costas y la tierra firme: Mar de Nuestra Señora, Puerto María, Puerto de la Inmaculada Concepción, Isla de la Virgen de la Antigua, Santa María de la Rosa, Montserrat, Guadalupe, Puerto del Pilar... Y así se va llenando de teología y de civilización el mundo fabuloso del canibalismo, de los sacrificios humanos y de las primitivas idolatrías. Las indias, las mestizas en seguida se llaman con orgullo Pilares, Marías, Dolores, Concepciones, Guadalupe, en una bella cruzada de amor contra las bárbaras teogonías ancestrales que tanto decantaron los bartardos de la leyenda negra. Para dar una idea aproximada de lo que eran los pueblos indígenas del Nuevo Mundo descubierto por España, bastará decir que ninguno de ellos había inventado todavía la rueda, que, como sabemos, es un elemental avance en el desarrollo de cualquier cultura.

La semilla mariana de la Hispanidad es indudable y brotó potente en toda América desde el 12 de octubre de 1492 en tres ramas robustas: la Fe, la Raza y el Idioma. En nuestra raíz ecuménica, que la Virgen María, bajo infinitas advocaciones, fué siempre mensajera de amor a través de los mares ignotos y de las selvas indias. Ayuda y estrella de los descubridores hispanos, brújula y amparo de los conquistadores, faro luminoso de nuestros galeones que durante siglos llevaron su sagrada imagen en el fanal de proa, llevando sin cesar misioneros apostólicos a los Virreynatos de Méjico, el Perú, Río de la Plata; a las Gobernaciones, a las Reales

Audiencias de Indios, a las playas rientes de las doradas Antillas y de la Oceanía lejana, en el Archipiélago malayo de las Filipinas.

En todos los confines del Imperio español antiguo, regado sin cesar con la sangre de infinitos mártires, surgieron catedrales fastuosas y humildes santuarios para honrar a la Madre de Dios, a la Virgen María y especialmente bajo la advocación del Pilar, por lo que hoy veinte naciones poderosas, libres e independientes, la tienen por Patrona de la Hispanidad, dándole guardia y escolta permanente sus banderas gloriosas en Zaragoza, en la Basílica metropolitana.

Ello quiere decir en esta efemérides común que como la siembra de salvación fué laboriosa y tenaz, la cosecha fué espléndida en fervores marianos, a tono con aquellos países hermanos. Las hijas americanas y filipinas de la vieja Madre España, tierra predilecta de María Santísima, se hicieron independientes, como era lógico, al alcanzar su mayoría de edad; pero jamás renegaron de su gloriosa estirpe, fieles a los postulados de amor y de fe que supimos inculcarles en la cuna. Por ello, repetimos, las banderas filiales de veinte Estados americanos hacen guardia de honor a Nuestra Señora del Pilar junto al Ebro, demostrando así cómo la fe mariana es el eje en torno al cual gira la unidad religiosa, moral y lingüística de estos pueblos hispánicos, a los que esperan, por su formación y posibilidades, un espléndido porvenir, desde los tiempos en que Aragón y Cataluña era un Reino fuerte y unido, más poderoso y próspero tras la vinculación imperial con Castilla, llevada a cabo por los Reyes Católicos, que en Barcelona recibieron a Cristóbal Colón, como Gran Almirante de la Mar Océano, a su regreso de descubrir y conquistar las Indias.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ

